

X. RESEÑAS CRÍTICAS DE LIBROS

Pilar Sanabria: Depredador

De Antonio Moreno Ayora. (Andr mina, Córdoba, 2010).

Después de haber escrito casi una veintena de poemarios, de haber conseguido con ellos muy diferentes premios y de haber publicado antologías que reconcentraban genuinas voces de mujeres, Pilar Sanabria da a luz su nuevo poemario *Depredador*, que los lectores deberán abrir deteniéndose, para acercarse a la poesía y al nombre de la autora, en el esclarecedor prólogo de María José Porro Herrera, para quien esta “ha convertido su escritura en escalpelo que escudriña su interior para lúcidamente llegar a un conocimiento de ella misma”. Es este un poemario que, con aparente aire naturalista, ha presentado Sanabria en 2010, apoyando su título en el de toda su primera parte – pues la segunda lleva el rótulo *Disidencias*– y en el de los veinticuatro poemas que la componen, que repiten siempre el mismo sustantivo: “Depredador de un momento”, “Depredador del vértigo”... De estos, el primeramente citado traza un mapa en que se inscriben, diseminadas, palabras que emergen bien de la dicha (triumfo, júbilo, embriaguez, victoria, cántico...) bien del erotismo gradual (sentidos, carne, desnuda, labios, beso, sexo, entrega...). Porque es a partir de estos dos parámetros, dicha y erotismo, como habremos de entender los presentes versos de esta cordobesa que ya en ocasiones precedentes había escrito, por ejemplo, que su emoción “... Es la tormenta de los cuerpos / que naufragan en un insomnio labrado por enajenados peces sexuales” (*Piscis de ceniza*, 1989), y había postulado que su impulso lírico le lleva a hablar de “la intensa amenaza de coleccionar el deseo” y de “los ávidos alhel es del sexo” (*El intenso tiempo de las dunas*, 2004).

Es en esta primera sección del poemario donde encontramos poéticas descripciones que la amante hace de la amada, vista con un prisma de originales e incluso surrealistas metáforas (“y tu cintura es una catástrofe de  ngeles calientes”) y en una atmósfera de sensual calidez (“Eres mi causa desnuda / cuando en mi tacto sujeto tu selva caliente”). De este modo, el poemario está hecho de momentos de pasión, de continuados encuentros, de recuerdos indisolubles en la mirada: “Así eres una tempestad horizontal / en la memoria...”. Y todo él se decanta en la expresión de un deseo unilateral (“Quiero amar / la descreída distancia de tus brazos”) o en el rubor muchas veces compartido (“Molice somos, amor, / de la certidumbre del nosotros”). De esa aspiración a compartir, precisamente, nace la necesidad expresiva de la protagonista,  vida pues de “hacerte sitio / en la fiebre de los días”.

Todo el libro debe ser calificado de amatorio, pero en él –menos en la primera parte que en la segunda– hay también versos de signo más siniestro, anclados en la soledad y en el dolor, y por supuesto en la pena: “con un vestido negro... / igual que mi alegría”. Es conveniente, por tanto, separar los poemas de *Depredador* de los del apartado siguiente, *Disidencias*. En los del primer bloque mayoritariamente prevalece una deriva constante hacia el placer y la dulzura del juego sexual, algo que una y otra

vez aflora en numerosos sintagmas, como: “las tardías hormigas de tus pezones”; “Tú que eres mi más extenuante hondura”; “la estribación sedosa de unos muslos”; “Y en tus muslos me aguarda / un abismo azul encaramado a la locura”.

Disidencias, en cambio, comienza con un poema en prosa—ahora se alternará la prosa poética y el verso puro— que instauro el recuerdo como sustituto de vivas emociones pasadas. El lector deberá interpretar en este caso los versos como un cultivo vehicular de la experiencia de abandono, sobre todo cuando asuma lo que afirma la protagonista: “recordaré ese mundo tuyo / de impune belleza”. Numerosos sintagmas conllevan una evidente decepción motivada por el tiempo, tales como “abandono”, “vivir desvelado”, “deshecho de invento”, “otra vez el silencio”, “vacuo despojo”... Con un lenguaje, en esta sección, más desordenado que en la precedente —síntoma perceptible del propio desorden psicológico—, con una valoración de la existencia de dilatado tremendismo, erguido además sobre elipsis y paralelismos sintácticos —síntomas también obsesivos— y sobre metáforas que inspira la cotidianidad (“mi alma que es un pan duro para el fin de semana”, “los buitres de mi amor”), el poemario llega a convertirse en un erial becqueriano de reminiscencias salinianas, entre otras razones por admitirse “que muere en el cálido / pronombre de la ausencia”.

El conjunto total de estos versos de Pilar Sanabria se ofrece con un estilo diverso que no siempre mantiene ni la claridad conceptual —inclinándose entonces al surrealismo— ni la agilidad narrativa, y que en ocasiones juega con la repetición de sonidos y de acentos vocálicos (“Depredador de la lumbré”), o incluso con la invención de vocablos: “lodarnos [en esa nueva náusea]”. La innegable oposición de sentido entre esas dos partes que el propio poemario establece la vemos refrendada cuando, ya en la segunda, leemos: “ahora que en estos ojos hay orfandad de tu lluvia”. Sin duda alguna es cierta la opinión que en el prólogo vierte la profesora Porro Herrera, que defiende que en *Depredador* la “actitud combativa [de la autora] le permite explorar abiertamente su sexualidad, pudiendo dar cuenta de la vivencia plenaria de su interior muy alejada de la simple descripción externa de las relaciones lésbicas” (pág. 10), añadiendo luego —ya desde el punto de vista de la recepción— que esos mismos versos llegan a “envolver al lector en una atmósfera de lirismo profundamente erótico y sentimental” (pág. 12). Lo que es innegable, con todo, es que este reciente título mantiene a Pilar Sanabria dentro de una resonante emoción íntima “que abarca el amplio territorio / de las ataduras” (según expresión propia formulada en su otro poemario *Ley de vida*). Ya el año pasado la poetisa cordobesa mereció ser incluida por Balbina Prior en su antología *Trato preferente. Voces esenciales de la poesía actual en español*; hoy esa preferencia sigue teniendo validez en tanto que la poesía de Pilar Sanabria continúa siendo de aportación original y necesaria. Por ello de ninguna manera podremos obviar la inusitada belleza que se desprende de una estrofa del título “Zoopoesía”: “Una bandada de besos leonados / se posa en el baobab de tus labios / y yo anhelo ser El Principito / en tu candente asteroide afrutado / que, como un helado, / licua el verano de mi paladar”.

Antonio Moreno Ayora

Rafael Vázquez Lesmes: Aborto e infanticidio en Córdoba en el tránsito al siglo XIX

De Soledad Gómez Navarro. Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad-Publicaciones de la Real Academia de Córdoba, 2010, 252 págs.

Tiene el lector a su disposición en bibliotecas y librerías desde hace apenas unos meses otro nuevo producto intelectual, en este caso hijo de un historiador serio, sólido y reconocido, fruto de la siempre bien conveniente colaboración institucional y merecido homenaje a la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles por su bicentenario, y extraordinaria aportación a una rama de la ya larga y fecunda historiografía de la familia, en concreto, la de la infancia nonata, malograda o abandonada, un tema de rabiosa aunque polémica actualidad, pero tan viejo como la vida misma, y, por eso mismo, presente, aquí y allá, en los testimonios del pasado, si bien a veces oculto o esquivo por la característica presencia del honor y la honra en la sociedad hispánica.

En efecto, como todos sabemos, es en Francia, Inglaterra y Estados Unidos donde empieza a gestarse, allá por los años cincuenta del pasado siglo, aquel sector de la investigación historiográfica, hoy ya totalmente acrisolado y consolidado. En sus orígenes, dos son las vías que se abren, la solitaria de Philippe Ariès que desemboca en su conocida publicación *El niño y la vida familiar bajo el Antiguo Régimen*, obligado y casi hasta el presente único referente al respecto; y la colectiva de Louis Henry y sus colaboradores, por un lado, y de Pierre Goubert, por otro, que desembocó específicamente en los temas y métodos de la demografía histórica propiamente dicha. A lo largo de los años sucesivos las investigaciones históricas francesas que se ocupaban de la historia de la familia se presentaron como contribuciones a aquella rama de la demografía, ya tratasen de investigaciones estadísticas, de análisis de la literatura teológica y canónica o de investigaciones en los archivos sobre la formación de la pareja o sobre las madres solteras. En cuanto a lo que el estudio estadístico de los registros parroquiales aportaba a la historia de las mentalidades o de la práctica religiosa, no se veía en ellos más que una especie de “lluvia de la demografía histórica”, en palabras de Pierre Chaunu, quien, por su parte, también hizo todo lo posible para situarlos en primera línea de la reflexión de los historiadores, asentándose finalmente la idea, a comienzos de los años setenta y desde Inglaterra, de que más allá de los centros de interés y de los métodos de la demografía histórica, existía el campo mucho más vasto de una historia de la familia, que, de ignorarla, la misma demografía histórica quedaría condenada al estancamiento.

En ese camino, al denominar a su equipo de investigación “Cambridge Group for the History of Population and Social Structure”, Peter Laslett y E. A. Wrigley manifestaron desde el principio que ellos eran algo más que demógrafos. Si ofrecieron a los historiadores esta nueva perspectiva de la historia de la familia, fue sin duda también en razón de la mediocre calidad, en Inglaterra, de los registros parroquiales, que, sin embargo, para los ya citados Henry y Goubert habían constituido el material básico y esencial de sus estudios de demografía retrospectiva. Fue, ciertamente, esa mediocridad de los registros ingleses la que impulsó al grupo Cambridge a emplear otro tipo de documentos, como los empadronamientos parroquiales casa por casa, y a trabajar en una perspectiva distinta de la historia de la fecundidad, en una historia del tamaño y estructura de las familias. Estructura, pues, de las familias; niño y sociedad; familia, niño y educación; familia, matrimonio y parentesco; o familias especiales –

puritana, negra, de inmigrantes...- empezaban a perfilarse y luego han sido y aún son las temáticas más transitadas y recogidas en las páginas de *Annales E.S.C.*, *American Historical Review*, *Past and Present*, *American Journal of Sociology*, y, sobre todo, *Journal of Family History* y *The Family in Historical Perspective*, las publicaciones sin duda más específicas al efecto.

A lo largo de los últimos años se ha avanzado mucho sobre todo en conocer el tamaño medio de las familias, así como la proporción de los distintos tipos de familias que existen en las parroquias como básica unidad de medición.

Así, y por eso, hoy está demostrado que las casas de tipo nuclear fueron muy mayoritarias varios siglos antes de la revolución industrial en toda la Europa del Noroeste, en tanto que en la Europa meridional, central y oriental se hallan con mucha más frecuencia casas complejas ampliadas o polinucleares de diversos tipos, tales como familia-tronco, familia patriarcal, etc. Por lo demás, la estructura mononuclear de las casas no es sino uno de los cuatro componentes del modelo familiar occidental propuesto por Laslett, siendo los otros tres la edad tardía de las muchachas en su primer matrimonio, la escasa diferencia de edad entre los cónyuges y la presencia de una fuerte proporción de criados en los grupos dominantes de la sociedad. Sin duda en todo ello tienen bastante que ver estructuras de la propiedad y de la explotación agrícola, costumbres matrimoniales, particularmente, costumbre de la dote, y, por supuesto, la legislación sobre la herencia. A estas inquietudes se han sumado también análisis sobre la formación de la pareja –ritos de formación, lazos de parentesco, procesos de ruptura de promesas de matrimonio- y, una vez celebrado y consumado el matrimonio, las relaciones de los cónyuges por los modelos de comportamiento que les suministraba la moral religiosa o profana, parcelas para los que sin duda se muestran especialmente idóneos sermones, manuales de confesores, aun tratados de teología y colecciones de casos de conciencia. Y también el hecho de que, agotados por el formalismo de una gestión puramente estadística y “doméstica” de las estructuras familiares, una nueva generación de historiadores prefiere ahora la indagación de las estrategias familiares al de las estructuras. En todo caso, todo ello ha sido introducido, y hoy claramente asentado, en la historiografía española por el grupo liderado por el profesor Chacón Jiménez en la Universidad de Murcia.

Sin embargo, en todo el panorama descrito faltaba y aun falta conocer la anomalía, la irregularidad, la excepcionalidad, la marginalidad de alguna forma, si se quiere, y, en especial, la problemática y actitudes respecto al niño no nacido o, al nacer, malgrado intencionadamente, objeto historiográfico prácticamente aún hoy olvidado desde el ya citado libro de Ariès; y faltaba historiarlo sin obviar el conjunto, es decir, sin aislarlo de la historia social, como consideraba, en relación a estas cuestiones, Jean Louis Flandrin. A mi juicio, estos son el ámbito analítico y el enfoque de la extraordinaria –y sobre todo muy útil por no abundar los estudios de esta índole- aportación del doctor Vázquez Lesmes que nos ocupa, y quizás el complemento ideal del otro lado del binomio, el de la maternidad solitaria, asimismo magníficamente tratada en el conocido trabajo de M^a José de la Pascua *Mujeres abandonadas: historias de amor y desamor en el mundo hispánico*, tal vez en la base de algunos casos de aborto e infanticidio en las sociedades del Antiguo Régimen.

Espacio, tiempo, fuentes, enfoque y método me parecen los aciertos de este ya indispensable referente para quien quiera adentrarse en los vericuetos de lo prohibido, penalizado y pecaminoso, los tres calificativos que merecían la materia de que esta obra

trata.

Respecto a los dos primeros, es, en efecto, muy conveniente elegir ciudad y sobre todo medio rural y el tránsito del Antiguo al Nuevo Régimen como formas idóneas de contraste en el espacio y en el tiempo, si bien ninguna de las dos han sido deliberadamente seleccionadas, en este caso, por el autor, sino que van inherentes y devienen del mismo problema que analiza y de las huellas en que se vehicula y expresa, pero, en todo caso, y como hipótesis de partida, repito, en el espacio, y no digamos en el tiempo por la posible influencia de los cambios en los finales e inicios de centurias –y más aún en las que marcan los extremos de épocas- parece un acierto muy reseñable.

Asimismo muy interesantes las huellas documentales que examina, analiza y sistematiza. Es verdad que se alejan de las más seriales y masivas de los fondos parroquiales y/o notariales, pero, por eso mismo, son más interesantes, al revelarnos, en esa gran indagación que el prelado cordobés Agustín de Ayestarán y Landa ordena sobre las costumbres de aborto provocado e infanticidio en su demarcación episcopal, a instancias del Estado por la presión de un cura de Villafranca, método, por otro lado, de lo más singular por romper los cánones y cauces establecidos y habituales, lo que frecuentemente pasaba desapercibido o no se recogía, precisamente, por anómalo. No obstante, al barrerse todo el obispado, las respuestas son generales.

La huella es especial, método y enfoque también tienen que serlo. Respecto al primero, obviamente la documentación que el autor maneja exige ir más allá del frío cuantitativismo, y por eso se aplican lo cualitativo, el análisis fino, la inferencia, la descripción y el análisis. A ello se unen los protagonistas, los hechos y los procesos, esto es, las explicaciones..., en suma, historiografía pura. Y en cuanto al enfoque, obviamente la investigación se hace desde la historia social, esto es, teniendo en cuenta que estamos en el estertor de una sociedad estamental, ante grupos heterogéneos, porque diversa es la estructura social, y dinámica, es decir, cambiante. Se compone así una excelente y bien hormada monografía, compuesta de cuatro principales capítulos, a los que se suman dos presentaciones, un prólogo, el informe final del prelado y una reflexión última del autor a modo de conclusión.

Así, y en el capítulo de “los prolegómenos”, se aporta una visión retrospectiva de la problemática, analizándose el aborto, la cesárea –una operación obligada e imprescindible, a juicio del mismo autor-, el mismo infanticidio como “una muerte cruel”, y la constatación de ser el feto posible ser humano o no, esto es, su animación, “un problema discutido y discutible”, asimismo en expresión del mismo Vázquez Lesmes, y la corrupción moral de la sociedad en el umbral del nuevo tiempo de la contemporaneidad, apartados todos ellos de gran interés por lo inusual de su construcción y, sobre todo, por los mimbres con que ésta se aborda, la siempre difícil por su interpretación literatura científica –médica en este caso- y, sobre todo, teológica y canónica.

El segundo capítulo se centra en las fuentes exploradas y estudiadas, por lo que puntos ineludibles son su composición y análisis en cuanto a las manuscritas, a las que no falta la inexcusable crítica interna que el autor pasa con maestría, y, sobre todo, las bibliográficas, estrujando tres referentes indispensables al efecto como son la *Embriología Sagrada*, de Francisco M. Cangiamila, el *Discurso médico-moral de la información del feto...*, de Josef A. Viader, y el *Nuevo aspecto de Teología Médico-Moral*, del P. Antonio J. Rodríguez, los tres inexcusables, insisto, para la elaboración y comprensión del texto que nos ocupa. Poco acostumbrados los historiadores

habitualmente a trabajar con fuentes de carácter conceptual por su incontestable tecnicismo profesionalizante —en este caso médico y teológico-moral-, sin duda aquí tenemos un buen ejemplo de cómo hacerlo, y no sólo por el contenido, sino también, y sobre todo, por el continente.

El tercer capítulo, y obviamente uno de los núcleos centrales de esta monografía, se dedica a los hechos, rotulado por el autor, precisamente por su extraordinario conocimiento de la época, con la significativa y simbólica frase de “la búsqueda de la salvación del alma... y del cuerpo”. Se estudian aquí, en efecto, los productos de las decisiones de que este libro trata, es decir: Fetos, abortos, abortivos, partos y malpartos, distinguiéndose aquí entre abortos espontáneos e involuntarios, aborto provocado o “procurado”, y abortos y abortivos; la cesárea como una quirúrgica plena de confesionalidad, y su correlato el bautismo, desplegándose este apartado en la ejecución de la cesárea, su práctica en la diócesis cordobesa, y la posibilidad de bautizar a los fetos y los niños productos de cesáreas; el infanticidio como “el crimen de los neonatos”, donde se examina la exposición y su rostro, el expósito, como un posible infanticidio frustrado; y la distribución geográfica de los hechos, interesantísimo apartado donde al compararse, aquí y ahora sí, ciudad y mundo rural, se concluye en la cartografía diferencial de los hechos, las actitudes y los comportamientos.

El cuarto y último capítulo se dedica a los protagonistas, en esa indisoluble relación que ya indicamos de hechos, personas, procesos. Por eso, en efecto, aquí comparecen mujeres, hombres, padres y allegados; vicarios, rectores, párrocos, en suma, los “curas de almas”, indispensables comparecientes teniendo en cuenta la cosmovisión de la época, construida sobre el patriarcado, la sacramentalidad del matrimonio y la religación de la vida a Dios y, por tanto, la resolución de su posible transgresión a la ley canónica, cuando no inquisitorial, y donde por supuesto se atiende a la averiguación e información de los hechos y las distintas posturas ante el problema. Y los facultativos, médicos, cirujanos y sangradores, constatándose el casi nulo protagonismo de los galenos, la preponderancia, en cambio, del cirujano, al convertirse y asumir el ser “protagonista de primera línea en la salvación de almas”; los sangradores, curanderos y “los que hacían de cirujanos”; y, por supuesto, parteras, comadres, comadronas, comadrones y “mujeres asistentes”; terminando con la función de las autoridades civiles y eclesiásticas, evidentemente indispensables si se trataba de enjuiciar y juzgar la posible legalidad o no del proceso que se analiza.

En todo ese panorama, páginas especialmente interesantes por lo general por la rareza de su tratamiento y conocimiento historiográficos, y por eso, ser verdaderas aportaciones al conocimiento, modernista en este caso, me parecen las dedicadas al desbrozamiento y examen de las distintas posiciones contenidas en la literatura científica y teológica indispensable para conocer e interpretar bien la documentación estudiada, y, por supuesto, el informe final del prelado, donde se descubren su posicionamiento ante la teoría de la posible animación de los fetos, establecida según plazos de vida y sexos, y su visión sobre los hechos, donde une abortos, fetos y abortivos a la corrupción de costumbres de su grey, que hay que vigilar, corregir y mejor extirpar, y la necesidad de imprimir en la conciencia y quehacer de sus ministros la concatenación bautizos-cesárea, por cuanto ello cae plenamente dentro del ámbito del cumplimiento religioso. Es decir, y en definitiva, realismo, moderación, equilibrio, habilidad y sentido común, las principales características, entre otras, con que el prelado cordobés abordó el expediente que se le presentó y el centro de esta aportación, y que, para el caso

analizado, se convierte, sin duda, en paradigma.

El que aquella no lleve índices, que, por cierto, hubieran sido muy útiles, sobre todo el analítico, pero también el onomástico y topográfico, o que se deseara alguna posible comparación con series parroquiales de bautismos, en la misma época, para comprobar el posible impacto del desvío, o si salían adelante los niños afectados, en absoluto rebajan el interés, enjundia, rigor y oportunidad de esta obra, que, desde ya, y por la actualidad de su temática, como decía al principio –y, por eso mismo, donde se reconoce su historicidad por ser un problema eterno del género humano–, no solo les animo a leer para conocer las raíces y las respuestas ante un hecho del presente pero viejo en su realidad y quizás en su frecuencia, sino que sé que es ya un referente indispensable en la literatura académica sobre la materia. Y todo ello, además, se escribe en un estilo sencillo, directo y fácilmente comprensible, pese al tecnicismo a veces de algunos aspectos de la materia que se examina, pero que, por supuesto, no pierde ni un ápice en cuanto al nivel de exigencia que su tenor demanda, y que no abusa del aparato crítico más que lo estrictamente indispensable. Todo esto se lo agradecemos también al autor, igualmente la glosa final donde, a modo de conclusión y en admirable síntesis, ejercicio, por cierto, siempre difícil de elaborar y únicamente al alcance de quien, indiscutible experto, domina su investigación, expone los puntos fundamentales del riguroso trabajo realizado, así como que siga dándonos otros frutos del mismo interés y calidad como el aquí glosado, los únicos que solo un historiador consagrado como el doctor Vázquez Lesmes puede y sabe dar.

Soledad Gómez Navarro

Manuel Gahete Jurado: El tiempo y la palabra

De Joaquín Criado Costa

Estamos hoy aquí, en este espléndido edificio de rancia solera, digna sede del Real Círculo de la Amistad de Córdoba, para hacer la presentación, algo así como firmar el acta de nacimiento, del libro *El tiempo y la palabra* de Manuel Gahete Jurado.

Si el Círculo cumplía hace poco su sesquicentenario, este libro de Gahete da cumplida cuenta o recoge antologados los primeros veinticinco años (de 1985 a 2010) de sus publicaciones, que son muchas y variadas.

El libro, un extenso volumen de 414 páginas, es el tercero de la Colección Vela de Gavia, de Ediciones La Isla de Siltolá, impreso en Sevilla en el presente año 2011.

Se inicia el libro con un prólogo - titulado “La poesía de Manuel Gahete: El fuego que devora”- del profesor Gabriele Morelli, de la Universidad de Bérgamo, seguido de un estudio introductorio titulado “De llamas y cenizas: La poética de Manuel Gahete” por su autora, la profesora Marina Bianchi, de la misma Universidad italiana.

El cuerpo central de la publicación recoge 159 poemas seleccionados de sus libros *Nacimiento al amor* (1986), *Los días de la lluvia* (1987), *Capítulo de fuego* (1989), *Alba de lava* (1990), *Íntimo cuerpo* (1990), *El cristal en la llama* (1995), *Casida de Trassierra* (1999), *La región encendida* (2000), *Elegía plural* (2001), *Mapa físico* (2002), *El legado de arcilla* (2004) y *Mitos urbanos* (2007). Recoge también el *Glosario*

del soneto “A Córdoba” de Góngora, publicado en 1992.

De la antología poética *El tiempo y la palabra*, que presentó ya en la 38ª Feria del Libro de Córdoba, ha dicho su autor que “Es mi primera gran antología. En ella se dan cita poemas de todos mis libros”, según constataba entonces la periodista Carmen Lozano, del diario *Córdoba*. Gahete continuaba: “La poesía lo ha sido casi todo en mi vida. Algunas de mis mejores experiencias vitales se las debo a la poesía; le debo tanto que me siento deudor de su gracia y es tan parte de mí que no entendería otra forma de ser y de existir. [...] Con mis versos busco la emoción, porque escribo desde el corazón y pretendo conocer la naturaleza y la comunicación. [...] Escribo lo que vivo y aquello que viven los demás, porque mi aspiración máxima es escapar de lo concreto para alcanzar todos los espacios, para que todo hombre y mujer pueda sentirse identificado con mi voz.”

En *El universo luminoso de Manuel Gahete*, números 61 y 62 de la revista literaria *Ánfora Nova*, escribía yo mismo en el año 2005 y con el título “Manuel Gahete: la ciencia literaria”: “Hace ya bastantes años que conozco a Manuel Gahete y desde el primer momento despertó en mí un claro sentimiento de simpatía motivado tanto por su entrañable talante humano como por su voluntad y valía profesionales. Fui precisamente yo quien lo embarcó en la aventura académica, apenas iniciada la última década del siglo XX, porque intuí que aquel aventajado alumno, que prefirió emigrar a las tierras nazaríes de Granada para culminar su licenciatura en Filología Románica, ya había conseguido por méritos propios un lugar de excepción en la literatura cordobesa y nacional”. Ya por entonces acababa de publicar en la prestigiosa colección “Adonais” de Madrid y era poseedor, entre otros, de premios tan relevantes como el “Ricardo Molina” de Córdoba o el “Miguel Hernández” de Alicante y se había hecho acreedor a incorporarse a la Real Academia de Córdoba.

Hablando del libro que presentamos, decía -pocos días hace- el periodista Alfredo Asensi que Gahete “revisa [en él] su trayectoria” y que “la preocupación por el hombre se eleva como tema central”. Y es cierto. El autor, en permanente revisión, ha creído oportuno -necesario si me aprietan-, dejar constancia de la esencia, de lo que él cree más trascendente de sus veinticinco primeros años de poeta, si es que se empieza a ser poeta cuando se publica por primera vez, que eso habría que ponerlo en tela de juicio. Continúa Asensi: “Trece poemarios vuelcan sus versos en un libro publicado por La Isla de Siltolá que muestra la evolución de un poeta en el que la intensidad expresiva (sustentada en un alto nivel de exigencia estilística) y la hondura de los planteamientos temáticos (que recoge una herencia clásica que determina en todo momento su propuesta) se han mantenido como rasgos nucleares, que en función de las épocas y los estímulos de cada momento han adquirido distintas formas de desarrollo. [...] A pesar de que el ejercicio de selección de los poemas sea realizado por otra persona ([la profesora] Bianchi, en este caso), toda obra de este tipo conlleva para el autor una cierta operación de revisión o balance”.

A propósito de esto, dice Gahete que “de alguna manera ha sido como reinventarme. Son veinticinco años desde *Nacimiento al amor* hasta *Mitos urbanos*, y el proceso de relectura de toda mi obra me ha imposibilitado escribir algo nuevo en este tiempo. Lo más interesante es que he releído poemas elegidos por la profesora Bianchi uno por uno y he modificado algunos, y creo que estas alteraciones resultarán interesantes en el futuro para críticos y estudiosos”. ¡Claro que lleva razón el autor! Y en próximas relecturas seguirá modificando versos e irisándolos con nuevas tonalidades, pues la

obra poética, por pequeña o reducida que sea la pieza, nunca se culmina mientras esté en manos de un artesano de la palabra.

Recoge Asensi unas significativas palabras de Manuel Gahete: “Si no hubiera escrito poesía, no sería el hombre que soy; de hecho, muchos de los logros que he obtenido en la vida han sido gracias a la poesía. [...] En principio, mi poesía tiende a cuestionarse sobre los grandes interrogantes del ser humano, y esta reflexión me convierte en un descreído o en un existencialista que adopta la idea *sartreana* del hombre como pasión inútil: llega un momento en el que no creo en nada. Pero siempre hay una esperanza, un último instante de salvación. [...] A los temas trascendentales, el hombre y sus problemas, les doy siempre el sesgo clasicista. Cuando intento ser algo más ligero o irónico busco otras firmas, el verso libre... Pero todo se va mezclando, porque en poesía no hay temas puros. A veces el poeta trivializa los temas trascendentales o le da a un asunto frívolo un tratamiento solemne. Soy clásico simplemente porque creo que lo clásico es bueno. Pero elijo siempre aquella opción que me hace crecer como poeta y como hombre. Y, por supuesto, no reniego de mi tiempo. Intento indagar en otros terrenos, a ver si descubro algo. A partir de este equilibrio entre lo clásico y lo moderno intento ser coherente con el ritmo de los tiempos”.

Y apostilla Asensi: “Así, sus últimos cinco libros están envueltos en una voz más urbana y cotidiana, atenta al hecho concreto”; una poesía de mayor alcance comunicativo (y que anuncia una etapa más “reivindicativa”) que sigue ajustándose a las exigencias de orden, belleza y música y a las expansiones metafóricas del poeta de Fuente Obejuna”.

Allí nació -decimos nosotros- el Ilmo. Sr. D. Manuel Gahete Jurado a mediados del año 1957. Tras algunos reconocimientos literarios, culmina el bachillerato en Cáceres, se licencia en Filosofía y Letras como filólogo romanista en la Universidad granadina con Premio Extraordinario y recientemente ha obtenido el doctorado con sobresaliente *cum laude* en nuestra Universidad al defender la tesis “Córdoba en el siglo XX. Poder económico y humanismo ético. Comunión y controversia”. Participa ahora en los Proyectos de Investigación “Los románticos y Andalucía” y “Andalucía literaria” de la universidad cordobesa.

Su actividad docente, lo menos relevante del denso “currículum” de su vida, se resume en que aprobó las oposiciones de profesor numerario de Lengua y Literatura Castellanas en el año 1980 y obtuvo la cátedra en 1994, aunque no pocos de los años de ese periodo trabajó en CAJASUR en tareas culturales, con las que continúa en la actualidad.

Pertenece, como es sabido de todos, a la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes desde el año 1991 en que fue elegido Académico Correspondiente por Fuente Obejuna, su pueblo natal como ya se ha dicho, de donde es Cronista Oficial. Su trabajo de presentación llevaba por título “El discurso poético de José Bergamín”. En 1998 se le eligió Académico Correspondiente por Córdoba, con el trabajo “Veinticinco años de poesía en Córdoba”. Y en el año 2002 ingresó como Académico Numerario en la Sección de Bellas Letras, leyendo un discurso que llevaba por título “Inmanencia y ascetismo en la poesía religiosa de Miguel Castillejo”, al que dio contestación el Académico ya fallecido D. Miguel Salcedo Hierro. Ha sido Secretario y en la actualidad es Director del Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia y coordina, junto con quien les habla, un ciclo anual de Poesía con el título genérico de “Los martes poéticos de la Academia”. Pertenece asimismo, como

Académico Correspondiente, a la Real Academia astigitana de Ciencias, Bellas Artes y Buenas Letras “Vélez de Guevara”. Y adelanto que cualquier día no lejano puede ser miembro de una Academia gaditana.

Además de las académicas, está integrado en otras instituciones de tipo cultural y científico, como la Fundación Machado (de Sevilla), la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX (de Barcelona), la Asociación Nacional de Lingüística Aplicada, la Asociación Nacional de Escritores y Artistas Españoles, la Asociación Nacional de Escritores, la Asociación Andaluza de Profesores de Español “Elio Antonio Nebrija”, las Asociaciones Nacional y Andaluza de Críticos Literarios, el Ateneo de Córdoba, la Casa de Galicia en Córdoba, la Fundación “Monseñor Miguel Castillejo”, las Asociaciones Nacional y Cordobesa de Cronistas Oficiales, la Asociación “Arte, Arqueología e Historia” de Córdoba, la Ilustre Sociedad Andaluza de Estudios Histórico-Jurídicos... y la relación no termina aquí. Pero tampoco es cosa de cansarles a ustedes con todas ellas.

Como investigador, ya habrán deducido ustedes que su línea y su producción se orienta en dos direcciones, como son la Literatura y la Historia. En el campo de la primera, con la incidencia en la Edad Media y el Siglo de Oro, ha publicado libros como *Poesía medieval. Antología* (1991), *Cuatro poetas: Recordando a Dámaso* (2000), *La oscuridad luminosa: Góngora, Lorca, Aleixandre* (1998), *Textos con pretexto* (2001), *Fuente que mana y corre* (2002), así como más de medio centenar de artículos. En el campo de la Historia, han visto la luz sus libros *La cofradía de la Santa Caridad y la Hermandad de la Misericordia de Fuente Obejuna: Tradición y actualidad* (1997), *Alonso Muñoz, el Santo (1512-1572): un franciscano de Fuente Obejuna* (2001), a los que hay que añadir más de una veintena de artículos.

Pero Gahete, el autor de la antología de hoy, es eminentemente poeta y como tal ha publicado los libros de versos a los que nos hemos referido y de los que una selección de poemas forman el “corpus” de *El tiempo y la palabra*. Igualmente ha sacado a la luz algunos cuadernos poéticos y varias antologías personales. Sus poemas andan dispersos también por prestigiosas antologías colectivas..

Con sus libros ha obtenido premios tan codiciados como el Nacional de Teatro “Barahona de Soto” por su obra *Cristal de mariposas* (1983), el Premio Internacional de Poesía “Ricardo Molina” del Ayuntamiento de Córdoba (1985), “Searus” (Los Palacios, 1984), “Miguel Hernández” (Alicante, 1988), “Barro” (Sevilla, 1989), “Villa de Martorell” (Barcelona, 1990), “Manolo Mora” (Écija, 1994), “San Juan de la Cruz” (Ávila, 1999), “Mario López” (Bujalance, 2002), “Ángaro” (Sevilla, 2002), “Mariano Roldán” (Rute, 2003), Premios de la Crítica Nacional y Andaluza en varias ocasiones, Finalista de “Adonais” (Madrid, 1990) y un largo etcétera.

Dentro del género dramático, ha publicado, además de la ya citada *Cristal de mariposas*, la obra *Ángeles de colores* (2002). Una larga serie de artículos literarios y periodísticos que han visto la luz en revistas, suplementos culturales de diarios; conferencias, traducciones, biografías, antologías, coordinaciones y adaptaciones complementan la ingente producción de Manuel Gahete.

Así, del italiano ha traducido a Mario Luzi, Valerio Magrelli, Edoardo Sanguinetti, Emilio Coco y Nelo Risi; del latín, a Juan de Aguilar; y del francés, a Baudelaire y a algunos poetas jóvenes. Ha coordinado publicaciones como *Córdoba en América* (1992) y *La cultura tradicional en Córdoba*, (2001-2004), así como la colección *Temas y autores melarienses*.

Éste es el autor de *El tiempo y la palabra*. Y después de lo dicho hasta aquí, sabemos que Gahete es la palabra misma, pero no sabemos de dónde saca el tiempo. Lo primero lo supe desde aquellos ya lejanos años en que nos unió la relación profesor-alumno y lo he comprobado muchas veces después. Lo segundo sigo ignorándolo.

Manolo nos sorprende con un libro nuevo cada dos por tres. Y todos ellos llevan inherente la calidad literaria, el sentido poético.

El doctor y académico Antonio Moreno Ayora, compañero suyo ayer y ahora, y también discípulo mío en el pasado, amigo común hoy, que es un crítico sagaz y profundo, señala como referencias para el conocimiento de la poesía del melariense las obras *El universo luminoso de Manuel Gahete* (2005), en el que me ocupó el honor de colaborar, el ensayo del profesor José Cenizo *Emoción y ritmo. La visión poética de Manuel Gahete* (2009) y desde ahora *El tiempo y la palabra. (Antología poética 1985-2010)*.

Analiza Moreno Ayora este último y ve que en los doce poemas sacados de *Nacimiento al amor* (1986) “ofrece ya tres rasgos que van a dilatarse luego por toda su obra posterior: que su motivo de inspiración fundamental va a ser el amoroso; que opta por un lenguaje culto y sonoro; y que la musicalidad de la aliteración será uno de sus recursos preferidos”.

En el segundo capítulo, referido a *Los días de la lluvia*, “continúa duplicando -dice Moreno Ayora- las características del poemario anterior y acogiendo por doquier la temática amorosa; el sentimiento y la experiencia amorosos se suceden hechos reflexión continua sobre sus síntomas o sus hallazgos: el perdón, el deseo, la ilusión... y éstos quedan apresados una y otra vez por una dicción cuidada, musical, diluida en anáforas, en metáforas, en vocablos antitéticos, en juegos de palabras y en cadenciosa similitud de sonidos”.

Capítulo de fuego es el tercer poemario. De él dice el crítico que “consagra su estilo como uno de los más peculiares, reconocibles y elaborados del panorama lírico de las últimas décadas del siglo XX. Ahora, en relación con el título, es el campo semántico *fuego* el que concentra la realidad de la pasión amorosa”.

Alba de lava (1990) “es un poemario de descubrimiento: descubrimiento del amor, de recuerdos de la adolescencia, del interés y las insignificancia, del error, de la angustia, de la nimiedad humana”.

Íntimo cuerpo sin luz (1990): “en la antología deja como rastro catorce poemas adscritos a la modalidad del soneto o de versos libres, centrados en la ausencia o la falta de la persona amada, haciendo una advertencia que no ha de olvidarse para comprenderlos: *Sabed que este libamen del amor me ha colmado / los labios con aljófara y miel en abundancia*”.

Glosario del soneto “A Córdoba” de Góngora (1992) lo compuso Gahete como ofrenda poética al autor de las *Soledades* en la fiesta que anualmente le dedica la Real Academia. “Se trata de catorce sonetos -dice la profesora Bianchi- donde cada uno es la glosa de un verso (que cierra el poema de Gahete) del soneto que don Luis de Góngora y Argote dedica a su ciudad. La irónica actualización del poema del gran maestro barroco, del que Manuel ha heredado la forma clasicista y el lenguaje rebuscado por el que ambos han sido acusados de hermetismo, se rige en un virtuosismo poético que reinterpreta la tradición en la que se identifica, como si los dos estuvieran dialogando sobre aspectos que comparten de la misma Córdoba, aunque observada desde distintos puntos de vista”.

El cristal en la llama (1995) recoge poemas sobre la soledad, la metafísica, la religión, el amor y los homenajes a Góngora y a otros poetas.

Casida de Trassierra (1999), con clara alusión a la aldea de Santa María de Trassierra, es otro homenaje a Góngora, con referencias al amor y a la soledad, a la felicidad y al sufrimiento, como principio y fin de todo.

La región encendida (2000). Para Marina Bianchi, “en este libro el versículo se alterna a la métrica tradicional en una armonía bien lograda; de la misma manera, el tono profético y el confidencial se funden sin nunca confundirse en una concepción de la vida en la que el amor, única certeza de Gahete, representa la salvación y guía al poeta con su luz en la oscuridad. En este sentido, el libro recuerda las vías místicas de San Juan de la Cruz, hecho corroborado por la división de la obra en cuatro partes -“Yermo”, “Bosque”, “Valle” y “Paraíso”- que [...] simbolizan respectivamente la soledad de quien busca a alguien en el desierto para encontrar luego la abundancia del bosque; entre las muchas personas elige entonces la que lo acompañará en el camino por el valle de la vida y con la que alcanzará la felicidad en su paraíso en tierra”.

Elegía plural (2001). De este libro y capítulo dice Bianchi que es “de tono propenso al pesimismo” y que “tiene una mayor sobriedad formal comparado con los anteriores, aun guardando el gusto exquisito por un léxico original y refinado. [...] El título se debe justamente a este cambio en la trayectoria poética de Gahete: de las primeras obras más visionarias, a ésta más cercana a una actitud elegíaca”.

Mapa físico (2002) sigue la línea del anterior y “Gahete parece confirmar la tendencia [...] hacia una poesía más humana, espontánea, realista y urbana. Tanto el mapa del título como el subtítulo *-Pasos del peregrino-* hacen referencia al recorrido del poeta a través de la vida, en el que va dejando sus huellas. El mundo por el que yerra no le pertenece: todo lo bueno se ha quedado atrás, debido al paso del tiempo que lo acerca cada vez más a la muerte”. Al menos así lo ve la profesora Bianchi.

El legado de arcilla (2004) “es la obra de Manuel -dice la misma profesora- que con mayor intensidad canta el mundo pasional en una apoteosis de sentidos vertiginosos, como siempre expresada con un lenguaje elegante y un ritmo fluido, aunque de manera más directa que en los demás libros”.

En *Mitos urbanos* (2007) “culmina ya en el título la tendencia desarrollada a lo largo de su trayectoria desde *Elegía plural*: una poesía más humana, en la que, sin embargo, siguen conviviendo la dimensión urbana de la realidad diaria del hombre contemporáneo, y la inmortal, divina y metafísica de los mitos del origen del ser”.

Termina su trabajo la profesora Marina Bianchi con el siguiente y clarificador párrafo: “Como hemos visto a lo largo de los libros antologados, Manuel dibuja en su poesía la senda de la vida que tiene su principio en el nacimiento o primer acercamiento al amor, cargado de la llama viva de los sueños y del deseo. Si bien el paso de los años deriva la existencia y obliga el fuego a arder hasta que sólo quedan las brasas apagadas, el recuerdo renueva la esperanza hasta la afirmación final del amor como única verdad poética que alcanza la eternidad en el verso. Desde luego, el título “De llamas y cenizas” se impone como compendio de la poética de Gahete, donde las primeras representan el amor y su consumición por los efectos del tiempo, y las segundas son el símbolo de lo que queda vivido, de la memoria de una pasión que sobrevivirá al hombre en la palabra: *El tiempo y la palabra*”.

Nos resta dejar constancia de las lecturas e influencias de y en Manuel Gahete, que abarcan un amplio espectro: la gran tradición clásica, como la Antigüedad con sus

mitos y “topoi”, el Renacimiento español con Herrera a la cabeza, la mística de San Juan de la Cruz, la sensibilidad árabe-andaluza, el barroco andaluz (y por encima de todo nuestro paisano Luis de Góngora), la poesía francesa de principios del siglo XX (Baudelaire, Mallarmé, Verlaine y Rimbaud de manera especial, los escritores de la cornisa mediterránea (como Seferis, Cavafis, Elitis, Montale, Pavese, Ungaretti), la Generación del 50 (Antonio Carvajal, Rafael Guillén, Ángel García López).

De todos ellos ha extraído algo de los temas esenciales de su poesía, como el sentimiento del hombre sobre la tierra (presente en *Alba de lava*, en *Elegía plural*, en *Mapa físico*, en *Mitos urbanos*); la trascendencia de la espiritualidad, de Dios, de la muerte (visible en *Los días de la lluvia*, en *Capítulo de fuego*); el amor como salvación (latente en *Nacimiento al amor*, en *Íntimo cuerpo*, en *La región encendida*, en *El legado de arcilla*); y el tema de Góngora, que es *omnipresente* en su obra.

Las claves de su poética pueden resumirse en la emoción vital, en la musicalidad de las palabras, en la fascinación por el lenguaje expresionista y metafórico.

Hablaba hace tan sólo unos días la profesora Porro Herrera “de la dificultad de encuadrar al poeta Manuel Gahete en algún movimiento o escuela poética específica: ni poesía de la experiencia, ni poesía de la sensibilidad: poesía a secas, que como a Juan Ramón Jiménez, otro de sus mentores líricos en cuya estela figura con todo derecho, le pide llegar al alma de las cosas para

*que mi palabra sea
la cosa misma
creada, por mi alma nuevamente*

ya que también a nuestro poeta, la belleza “innúmero” del moguerense le tienta

*infinita
a un sinfín de deleites.*

El bello revestimiento nos remite a una poesía trascendente, apoyada en sus comienzos en los firmes pilares de un Vicente Aleixandre y un Cernuda, poesía que respira aires de *Cántico*, que se va despegando de la imagen de los antequerano-granadinos y se empapa en la nobleza elitista de Góngora, del neoclasicismo escéptico quevediano y de la espiritualidad mística a lo profano sanjuanista. Para Manuel Gahete el diálogo con Dios no es óbice para el goce y la unión mística de la carne, de los cuerpos. El placer no resulta ser un excluyente de la espiritualidad, logrando ahorrar ardor físico y ardor espiritual, haciéndolos compatibles entre sí, de forma que no resultaría herético etiquetar muchos de sus poemas bajo el marbete de “mística profana”. (Hasta aquí la cita de María José Porro).

Con este libro Gahete gana en permanencia, quien “con perseverancia -dice Moreno Ayora-, uniendo tradición y novedad, con cuidado absoluto por el lenguaje y sus posibilidades expresivas, conjugando además belleza y contenido, ha logrado lo que no es fácil: mantenerse veinticinco años en un nivel de crédito continuamente avalado por la responsabilidad y la crítica...”.

Quisiera terminar con el último párrafo de mi colaboración en el libro *El universo luminoso de Gahete*, que publicó Ánfora Nova en el año 2005. Dice así: Podría hablar de su poesía refiriéndome sin equivocarme a la pasión que infunde a sus versos, a su

imaginación desbordante, a su encendida creatividad. No erraría tampoco asegurando que su obra traspasa la corteza de las emociones para penetrar en el centro del corazón humano. Acertaría sin duda si afirmo que el vigor y la belleza de su palabra son referentes de la mejor y más auténtica expresión lírica; que su lenguaje, bello y verdadero, queda al margen de modas pasajeras porque se cimenta en el núcleo de la poesía intemporal. Podría decirlo, y queda dicho; más sobre toda admiración poética, crece en mí un sentimiento de amistad y cercanía cuya razón es ya fecunda e indeleble.

Joaquín Criado Costa

Enrique Aguilar y Julio Ponce: Memorias de José Cruz-Conde¹

De José Peña González

Estamos ante el testimonio de un político cordobés que aporta su propia y personal visión de primera mano sobre las vicisitudes de un conservador asilado en el Madrid republicano durante nuestra guerra civil. El libro de edición muy cuidada por parte de la editorial Almuzara, viene precedido de tres trabajos que nos permiten situar al personaje. En primer lugar el prólogo de un sobrino-nieto que, en pinceladas que la familiaridad no empaña en su objetividad, traza el perfil humano del político cordobés que encabeza la saga familiar que sirvió a Córdoba en varias generaciones con una entrega que hoy está reconocida por historiadores y ciudadanos. José Cruz Conde podría hacer suyo el lema de los Mendoza: “Dar es servir, recibir es servilismo”. El político cordobés, autor de este *Diario* que escribe pensando fundamentalmente en su familia, vive la pasión española desde su óptica cordobesa y se vuelca en su ciudad. Pero ello no le hace caer en una visión provinciana de la vida. Se autoproclama “español absoluto” (Pág. 291), con el “lápiz recién afilado” para denunciar los abusos vengan de donde vengan y cualquiera sea su protagonista. Posiblemente estos *Diarios* tengan la particularidad de ser de una objetividad poco frecuente en cuanto a su visión de la derecha social y política a la que pertenecía. De Cruz Conde se puede predicar la sentencia evangélica en algunos aspectos, especialmente en la visión social: “Soy de los vuestros pero no estoy con vosotros”. Fernando Cruz Conde que firma este prólogo hace suyo y reivindica como lema familiar una cita de los *Diarios* de su tío abuelo: “Para verdades el tiempo, para justicia Dios”.

La transcripción del texto viene precedida de dos estudios que ayudan a situar al personaje en su biografía personal y en la situación política desde la que se redactan los *Diarios*. El profesor sevillano Dr. Ponce Alberca traza una semblanza de Cruz Conde que resume la biografía que con el título “Del poder y sus sombras” mereció muy justamente el Premio Juan Valera patrocinado por el Ayuntamiento de Caba

¹ Con este epígrafe se presentan las “Notas de un asilo diplomático (Madrid, julio 1936-enero 1939)”; Córdoba, 2011, en cuidada edición de la editorial Almuzara y con un doble estudio introductorio de los profesores Aguilar y Ponce.

(Córdoba) el año 1999. Por su parte el profesor cordobés Dr. Aguilar Gavilán nos sitúa al protagonista desde su circunstancia de asilado político en varias legaciones- Perú, Argentina y Santo Domingo- hasta su traslado al improvisado Hospital Francés de la calle López de Hoyos, antes Colegio de Chicas regentado por las Madres Francesas del Sagrado Corazón, donde fallece en enero de 1939. En un trabajo muy completo analiza las características del asilo diplomático en nuestra guerra civil en la línea iniciada por los profesores Rubio y Moral Roncal, así como el diplomático chileno Morla Lynch a nivel nacional, para concretar el caso específico de José Cruz Conde, en un notable ejercicio de recuperación de memoria histórica en la más profunda y académica acepción del término. Ambos profesores firman conjuntamente una introducción a los *Diarios* propiamente dichos.

Las “Notas” firmadas por Cruz Conde revelan, en mi opinión, la posición de un regeneracionista desilusionado con la situación actual de su patria, lo que le hace desembocar en lo que Gil Pecharromán ha llamado “conservadores subversivos”. Desde su condición de asilado va desgranando sus pensamientos que pueden concentrarse en cuatro aspectos fundamentales: en primer lugar su familia, principal destinatario de los mismos. Sigue con preocupación la situación de sus hermanos y sobrinos y acusa el dolor que le produce enterarse de la muerte de su hermano Antonio “el Marqués” en enero del 38. Hay algunas líneas que reflejan un triste regusto ante algunas situaciones cercanas como el caso de su esposa, Ana González Oronotz con la que ha contraído matrimonio en 1934 (Pág. 302), exiliada en Francia, o ante la desaparición de fraternales amigos.

En segundo lugar la guerra civil española ocupa gran parte de sus preocupaciones. Como militar sigue atentamente su desarrollo sumando la información de la prensa gubernamental que llega a la Legación, y la que obtiene en su asilo de la radio nacional de Salamanca. Entrelíneas puede deducirse la crítica sobre la marcha de la misma y la pasividad de que hace gala el ejército de Franco. Le entusiasma la toma de Bilbao y lamenta la tardanza de la caída de Santander. Como estratega militar, no en balde era comandante de artillería, analiza los combates en el Ebro, critica la estrategia militar seguida y destaca el valor y arrojo de los soldados republicanos: “Nuestros circunstanciales adversarios de hoy, fatalmente han de ser nuestros hermanos mañana”, escribe reflejando un profundo sentimiento de fraternidad cristiana. Lamenta el bombardeo de Almería por parte de Alemania y “la innecesaria crueldad” de los bombardeos franquistas sobre Madrid. Critica abiertamente la llegada de tropas a los dos bandos. “Yo no quiero ni aun ganar la guerra si a ello se ha de llegar a fuerza de bombardear ciudades españolas las escuadras italiana o alemana. Si esto se vuelve a repetir... me sentiré un poco <rojo>... sin poderlo remediar”. Son muchas las anotaciones sobre el valor del ejército republicano y el heroísmo de los milicianos “de a pie” de los que afirma que hay que tratarlos con respeto “porque ellos también son españoles”. En el panorama internacional pronostica un desastre para Alemania e Italia en caso de guerra mundial, lamentando las consecuencias que pueda tener para España por su vinculación al Eje. Su falta en ocasiones de información fidedigna y contrastada le hace escribir que Guernica “ha sido destruida por los rojos” (Pág. 126).

Posiblemente lo más interesante de estas Notas sean sus opiniones en el terreno de la política. Pone en duda que haya en la derecha española quien pueda ser el “constructor” de la Nueva España que anuncian (Pág. 288) y afirma que en caso de victoria “será muy difícil administrarla sabia y sensatamente”. Su líder es José Calvo Sotelo “después

de él, nadie”, lamentablemente asesinado y critica la utilización política que hacen de su muerte los mismos que en vida nada quisieron saber de él (Pág. 287). Estaba convencido de que la solución para España era una acción política presidida por el tandem Sanjurjo-Calvo Sotelo, lamentando la concentración de poder en Franco tras la Unificación (Pág. 123). Especialmente se muestra crítico con Gil Robles, a quien define como “mediocridad encumbrada”, representante de una derecha llena de “figurones” a los que a veces retrata con su buena pluma como “la piara derechista, cerril, egoísta, analfabeta y sin idea de Patria” (Pág. 318).

Finalmente sus observaciones sobre España son las de un patriota convencido, que ama a su país por encima de todo, que rechaza los “hechos diferenciales” y “los derechos de nacionalidad” que sueña con “una España roja o blanca, pero UNA, sin hechos diferenciales ni Estatutos que dividan a los españoles en dos castas” (Pág. 145), una España con “rojos y azules dentro” que “no debe nacer de entre los escombros humeantes de Ciudades Españolas (sic) ametralladas por la artillería extranjera... por muy fascista que sea...” (Pág. 150). Un español que como un buen cristiano viejo tiene fe en la providencia y que a título personal, después de haber sido tanto, acabe sus días acogido a la hospitalidad francesa, con penurias y limitaciones, pudiendo decir como Sancho “desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano”. Todo un modelo a seguir para muchos.

José Peña González.